

PHILIP K. DICK

¿SUEÑAN LOS ANDROIDES
CON OVEJAS
ELÉCTRICAS?

minotauro

Título de la edición original:
Do Androids Dream of Electric Sheep?

© 1968, Philip K. Dick
Copyright renewed © 1996, Laura Coelho,
Christopher Dick e Isoldea Hackett.
All rights reserved

© Traducción de Miguel Antón, 2012

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0772-3
Depósito legal: B. 14.123-2020

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

1

Una deliciosa y sutil descarga eléctrica, activada por la alarma automática del climatizador del ánimo, situado junto a la cama, despertó a Rick Deckard. Sorprendido, porque nunca dejaba de sorprenderle eso de despertarse sin previo aviso, se levantó de la cama y se deserezó, vestido con el pijama de colores. En la cama, su esposa Iran abrió los ojos grises, apagados; al pestañeo siguió un gruñido, y cerró de nuevo los párpados.

–Has puesto un ajuste muy suave en el Penfield –regañó a su mujer–. Volveré a modificarlo, te despertarás y...

–Aparta las manos de mis ajustes –le advirtió ella con una nota de amargura–. No quiero despertar.

Se sentó a su lado, inclinado, hablándole en voz baja.

–Si lo ajustas a un nivel lo bastante alto, te alegrarás de estar despierta; ese es el quid de la cuestión. En el ajuste C supera el umbral de la consciencia, como me pasa a mí. –Se sentía tan bien dispuesto hacia el mundo en general, después de pasar la noche con el dial en la posición D, que le dio unas suaves palmadas en el hombro desnudo y blanco.

–Quita de ahí tu áspera mano de poli –le advirtió Iran.

–No soy poli. –Aunque no había ajustado el mando se sintió irritado.

–Aún peor –dijo su mujer sin abrir los ojos–. Eres un asesino que trabaja a sueldo para los polis.

–Nunca he matado a un ser humano. –Su irritabilidad había aumentado hasta convertirse en hostilidad.

–Solo a esos pobres andys –dijo Iran.

–Pues no recuerdo que hayas tenido ningún problema para gastarte el dinero de las recompensas que gano en cualquier cosa que te llame la atención. –Se levantó para acercarse a la consola del climatizador del ánimo–. En lugar de ahorrar para que podamos comprarnos una oveja de verdad que sustituya a la falsa eléctrica que tenemos en la azotea. Un simple animal eléctrico. Para eso llevo todos estos años esforzándome.

Ya junto a la consola, titubeó entre marcar el código del inhibidor talámico, que suprimiría la ira, o el estimulante talámico, que le irritaría lo suficiente para salir vencedor de la discusión.

–Si aumentas el veneno, yo también lo haré –le advirtió Iran–. Marcaré el nivel máximo y acabarás inmerso en una pelea que dejará cualquier disputa que hayamos tenido a la altura del betún. Tú marca y verás; ponme a prueba. –Se levantó y corrió hasta la consola de su propio climatizador del ánimo; se quedó de pie junto a ella, mirándole expectante con los ojos muy abiertos.

Él lanzó un suspiro, vencido por la amenaza.

–Marcaré lo que estaba previsto en mi agenda del día. –Examinó el programa para el día 3 de enero de 1992 y comprobó que se trataba de la actitud profesional de un hombre metódico–. Si marco lo que tengo

programado –dijo con cautela–, ¿harás tú lo mismo?
–Esperó, consciente de que no debía comprometerse hasta que su mujer aceptase imitar su ejemplo.

–En mi programa del día figura un episodio depresivo de autorreproches de seis horas de duración –anunció Iran.

–¿Cómo? Pero ¿por qué has programado algo así?
–Eso atentaba contra el espíritu del climatizador del ánimo–. Yo ni siquiera sabía que pudiera programarse algo semejante –dijo, desanimado.

–Estaba aquí sentada una tarde, y como de costumbre había sintonizado el programa del Amigable Buster y sus amigos amigables. Estaba anunciando una noticia importante, cuando pusieron ese horrible anuncio, ese que odio tanto; ya sabes, el de las braguetas de plomo Mountibank. Durante un minuto, más o menos, apagué el sonido. Y entonces oí al edificio, a este edificio; oí... –Hizo un gesto.

–Los apartamentos vacíos –dijo Rick.

A veces también él los oía de noche, cuando se suponía que debía estar durmiendo. Era sorprendente que se clasificara en la parte alta de la horquilla de densidad de población un bloque de pisos medio vacío como aquel, situado en lo que antes de la guerra eran los suburbios, donde podían encontrarse edificios prácticamente deshabitados... o eso había oído. Había pasado por alto aquella información; como mucha gente, no quería experimentarlo de primera mano.

–En ese momento –continuó Iran–, cuando tuve apagado el volumen del televisor, estaba en un estado de ánimo 382; acababa de marcarlo. Así que aunque escuché físicamente el vacío, no lo sentí. Mi primera reacción consistió en agradecer que pudiéramos permitirnos un climatizador del ánimo Penfield. Pero en-

tonces caí en la cuenta de lo poco sano que era ser consciente de la ausencia de vida, no solo en este edificio, sino en todas partes, y no ser capaz de reaccionar. ¿Lo entiendes? Supongo que no. Pero eso se consideraba síntoma de desequilibrio mental; lo llamaron «ausencia de respuesta emocional». Así que mantuve apagado el sonido del televisor y me senté junto al climatizador, dispuesta a experimentar. Al cabo de un rato encontré el ajuste de la desesperación. –Su imperterto rostro moreno adoptó cierta expresión de satisfacción, como si hubiera logrado algo valioso–. Así que lo introduje en mi agenda para que apareciese dos veces al mes. Creo que es una periodicidad razonable para sentirse desesperanzada por todo y con todos, por habernos quedado aquí en la Tierra, después de que todas las personas listas hayan emigrado, ¿no te lo parece?

–Pero tiendes a conservar semejante estado de ánimo –dijo Rick–. A ser incapaz de marcar otro para salir de él. Una desesperación tan amplia, que abarque la totalidad, se perpetúa a sí misma.

–Programo un reajuste automático que se activa al cabo de tres horas –le explicó su esposa–. Un 481: consciencia de las múltiples posibilidades que me ofrece el futuro; una esperanza nueva de que...

–Conozco el 481 –la interrumpió. Había marcado aquella combinación muy a menudo, de hecho, confiaba mucho en ella–. Escucha –dijo, sentándose en la cama, cogiéndole las manos para que ella se acomodase a su lado–, incluso con una interrupción automática es peligroso sufrir una depresión, sea del tipo que sea. Olvida lo que has programado y yo haré lo mismo; marcaremos juntos un 104 y lo disfrutaremos juntos, luego tú te quedarás con él un rato mientras que yo

reajusto el mío para adoptar mi habitual actitud metódica. Subiré así a la azotea, a ver cómo está la oveja, y luego iré a la oficina; así sabré que tú no estás aquí metida, dándole vueltas a la cabeza con el televisor apagado. –Soltó sus dedos finos, largos, y cruzó el amplio apartamento hasta llegar al salón, que aún olía un poco al humo de los cigarrillos de la noche anterior. Una vez allí, se inclinó para encender el televisor.

–No soporto la televisión antes del desayuno. –La voz de Iran le llegó desde el dormitorio.

–Marca el 888 –sugirió Rick mientras se calentaba el aparato–. El deseo de mirar la televisión, sin importar lo que pase a tu alrededor.

–Ahora mismo no me apetece seleccionar nada –dijo Iran.

–Entonces pon el 3.

–¡No puedo marcar un ajuste que estimula mi corteza cerebral para infundirme el deseo de modificar el ajuste! Si lo que quiero es no marcar, lo menos que querré es precisamente eso, porque entonces querría hacerlo, y querer marcar es ahora mismo la necesidad más ajena a mis deseos que puedo imaginar. Lo único que quiero es quedarme sentada en la cama, mirando el suelo. –Su voz se había vuelto áspera con los matices de la desolación mientras su alma se congelaba y su cuerpo dejaba de moverse, mientras una película instintiva, omnipresente, de un gran peso, de una inercia casi absoluta, la cubría por completo.

Rick subió el volumen del televisor, y la voz del Amigable Buster reverberó con estruendo llenando la sala.

–Ja ja ja, amigos. Ha llegado la hora de dar un apunte sobre la previsión del tiempo. El satélite Mongoose informa que la precipitación radiactiva será especial-

mente pronunciada hacia el mediodía, momento a partir del cual perderá intensidad, así que para todos los que estéis planeando aventuraros al exterior...

Iran apareció a su lado, con su largo camisón, y apagó el televisor.

—De acuerdo, me rindo. Lo marcaré. Cualquier cosa que quieras que sea; una extática dicha sexual. Me siento tan mal que soy capaz de soportarlo. Qué coño. ¿Qué más dará?

—Lo seleccionaré para ambos —dijo Rick mientras la llevaba de vuelta a la cama. Allí, en la consola de Iran, marcó el 594, reconocimiento a la superior sabiduría del marido en todos los aspectos. En la suya programó una actitud fresca y creativa hacia el trabajo, aunque no lo necesitara, porque ese era su comportamiento habitual sin tener que recurrir a la estimulación cerebral artificial que le proporcionaba el Penfield.

Después de un desayuno apresurado, pues había perdido mucho tiempo discutiendo con su esposa, Rick se vistió para salir al exterior, incluido el modelo Ajax de la bragueta de plomo Mountibank, y subió a la azotea cubierta de hierba donde «pastaba» la oveja eléctrica. Donde ella, sofisticada pieza de ingeniería que era, mordisqueaba algo, con simulada satisfacción, engañando al resto de los inquilinos del edificio.

Estaba seguro de que algunos de los animales de sus vecinos también eran falsificaciones hechas de circuitos eléctricos, pero nunca había indagado en ello, igual que sus vecinos tampoco habían metido la nariz en lo de su oveja. Nada habría sido menos cortés. Preguntar «¿esa oveja es auténtica?» hubiese sido peor muestra de mala educación que inquirir si la dentadu-

ra, o el pelo o los órganos internos de alguien eran auténticos.

El ambiente matinal gris plomizo, salpicado de motas radiactivas y capaz de ocultar el sol, se desparramaba a su alrededor, irritándole la nariz; aspiró involuntariamente el olor de la muerte. Tal vez era una descripción algo exagerada, pensó mientras se acercaba al trozo de césped que le pertenecía junto al apartamento excesivamente espacioso de abajo. El legado de la Guerra Mundial Terminus había perdido intensidad; quienes no sobrevivieron al polvo habían muerto años atrás, y este, ahora más ligero, tan solo trastornaba las mentes y los genes de los supervivientes más fuertes. A pesar de la bragueta de plomo, el polvo, sin duda, se filtraba en y sobre él, proporcionándole a diario, mientras no pudiese emigrar, su pequeña dosis de sucia mugre. Hasta entonces, las revisiones médicas a las que se sometía mensualmente confirmaban que era un tipo normal, capaz de reproducirse según los límites que establecía la ley. Pero llegaría el momento en que los médicos del departamento de policía de San Francisco que lo examinaban le darían otro diagnóstico. Continuamente se detectaban nuevas mutaciones genéticas, gente especial, derivada de personas normales a causa del polvo omnipresente. Los carteles, los anuncios televisivos y el correo basura del gobierno machacaban con esta consigna: «¡Emigra o degenera! ¡La decisión es tuya!» Nada más cierto, pensó Rick mientras abría la puerta que daba a su modesta dehesa y se acercaba a la oveja eléctrica. Pero no puedo emigrar, se dijo. Por mi trabajo.

Le saludó el propietario del pasto contiguo, su vecino Bill Barbour. Al igual que Rick, se había vestido para ir a trabajar, pero también había decidido acercarse antes a ver a su animal.

–Mi yegua está preñada –anunció Barbour con una sonrisa de oreja a oreja. Señaló el imponente perchero que contemplaba el vacío con ojos de vidrio–. ¿Qué le parece?

–Pues me parece que no tardará en tener dos caballos –respondió Rick. Estaba ya junto a la oveja, que rumiaba con la mirada alerta clavada en él, por si le había llevado tortas de avena. La supuesta oveja tenía un circuito capaz de procesar la avena. En presencia del cereal se ponía tiesa y se le acercaba con paso lento pero con cierto garbo–. ¿Qué la habrá preñado? –preguntó entonces a Barbour–. ¿El viento?

–He traído un poco del plasma fertilizante de mejor calidad que había disponible en California –le explicó Barbour–. Gracias a los contactos internos que tengo en la junta estatal para la cría de animales. ¿No se acuerda de que la semana pasada vino el inspector a examinar a *Judy*? No ven el momento de tener el potrillo; es un ejemplar de primera categoría. –Barbour dio unas cariñosas palmadas en el cuello del animal, y la yegua inclinó la cabeza hacia él.

–¿Alguna vez se ha planteado la posibilidad de venderla? –preguntó Rick.

Deseó en ese momento tener un caballo. Cualquier animal, de hecho. La propiedad y el mantenimiento de un fraude desmoralizaban a cualquiera poco a poco, por mucho que, desde un punto de vista social, no hubiera más remedio dada la ausencia del ejemplar auténtico. De modo que no tenía más opción que seguir con el engaño. Puede que a él no le importara, pero estaba su esposa, y a Iran sí le importaba. Y mucho.

–Vender mi caballo sería una inmoralidad –sentenció Barbour.

–Podría vender el potro. Tener dos animales es más inmoral que no tener ninguno.

–¿A qué se refiere? –preguntó Barbour con extrañeza–. Hay mucha gente que tiene dos animales, incluso tres o cuatro, o en el caso de Fred Washborne, que posee la planta procesadora de algas donde trabajaba mi hermano, incluso cinco. ¿No leyó el artículo sobre su pato en el *Chronicle* de ayer? Dicen que es el mayor ejemplar de pato de Muscovy de toda la costa Oeste. –Se le extravió la mirada, como si pensara en el placer de semejantes posesiones; tanto fue así que estuvo a punto de entrar en trance.

Buscando en los bolsillos del abrigo, Rick encontró el manoseado ejemplar del Catálogo Sidney de animales y aves del mes de enero. Buscó en el índice, encontró la entrada correspondiente a los potros (titulada «Caballo, potro») y obtuvo el precio medio a escala nacional.

–Por cinco mil dólares podría comprar a Sidney un potro percherón –reflexionó en voz alta.

–No, no podría –dijo Barbour–. Compruebe otra vez la lista y verá que está en cursiva. Eso significa que no tienen existencias, y que ese sería el precio si tuvieran.

–Suponga que le pago quinientos dólares al mes durante diez meses –propuso Rick–. A precio de catálogo.

–Deckard, usted no entiende de caballos –dijo Barbour con expresión compasiva–. Existe una razón por la que Sidney no tiene stock de potros percherones. Los potros percherones no cambian de manos así por las buenas, ni siquiera pagando el precio que marca el catálogo. Son muy escasos, incluso los relativamente inferiores. –Se inclinó sobre la valla que separaba ambos pastos, gesticulando–. Hace tres años que tengo a

mi *Judy*, y en todo ese tiempo no he visto una yegua de percherón de su calidad. Para comprarla tuve que volar a Canadá, y yo mismo conduje durante el viaje de vuelta para asegurarme de que no me la robaran. Si se le ocurriera andar por Colorado o Wyoming con algo parecido, le asaltarían para quitárselo. ¿Sabe por qué? Porque antes de la Guerra Mundial Terminus había literalmente cientos...

–Pero que usted tenga dos caballos y yo ninguno atenta contra los principios básicos teológicos y morales del mercerismo –interrumpió Rick.

–Usted tiene su oveja. Qué coño, puede proseguir con la ascensión de su vida individual, y cuando aferre las dos asas de la empatía se acercará a la honorabilidad. No le niego que si usted no tuviera esa oveja entendería en parte su argumento. Por supuesto, si yo tuviera dos animales y usted ninguno, yo estaría contribuyendo a privarle de la verdadera fusión con Mercer. Pero todas las familias de este edificio... Veamos, en torno a cincuenta: una por cada tres apartamentos, según mis cálculos. Todas tenemos un animal de alguna clase. Graveson tiene allí a su pollo. –Señaló hacia el norte con un gesto–. Oakes y su mujer tienen ese perro rojo enorme que se pasa la noche ladrando. –Adoptó la expresión de quien medita algo, antes de concluir–: Y creo que Ed Smith tiene un gato en su apartamento. Al menos eso dice él, aunque nadie haya visto al animal. Probablemente lo finja.

Rick se acercó a la oveja, se inclinó junto a ella y tanteó en la gruesa capa de lana, que al menos era de verdad, en busca del panel de control oculto que manipulaba el mecanismo. Ante la atenta mirada de Barbour abrió la capa que lo cubría, dejándolo al descubierto.

–¿Lo ve? –preguntó a su vecino–. ¿Comprende ahora por qué insisto tanto con lo del potrillo?

Hubo una pausa.

–Pobre hombre –dijo finalmente Barbour–. ¿Siempre ha sido así?

–No –dijo Rick mientras cerraba el panel que cubría los controles de la oveja eléctrica–. Hace tiempo tuvimos una oveja de verdad. Mi suegro nos la regaló antes de emigrar. Luego, hace más o menos un año, ¿se acuerda de cuando la llevé al veterinario? Nos cruzamos aquí esa mañana, cuando salí y la encontré tumbada de costado y no hubo manera de que se levantara.

–Pero finalmente lo hizo –dijo Barbour, recordando y asintiendo–. Sí, logró que se incorporara, pero uno o dos minutos después volvió a caerse.

–Las ovejas contraen enfermedades extrañas –explicó Rick–. O, por decirlo de otro modo, las ovejas contraen muchas enfermedades, pero con síntomas idénticos: no hay forma de hacer que se levanten, y tampoco la hay de saber hasta qué punto revisten gravedad, si se trata de un esguince en una pata o se mueren de tétanos. De eso murió la mía, de tétanos.

–¿Aquí arriba? ¿En la azotea? –preguntó Barbour.

–El heno –explicó Rick–. Esa vez no quité todo el alambre de la bala; dejé un trozo y *Groucho*, así la llamaba entonces, se hizo un corte con él y contrajo el tétanos. La llevé al veterinario pero murió. Le di muchas vueltas al tema hasta que al final llamé a una de esas tiendas que fabrican animales artificiales y les mostré la fotografía de *Groucho*. Ellos la construyeron. –Señaló la réplica reclinada del animal, que seguía rumiando con calma, alerta al menor indicio de avena–. Hicieron un trabajo de primera, y yo he invertido tiempo y atencio-

nes cuidando de ella, como cuando era de verdad. Pero... –Se encogió de hombros.

–No es lo mismo –concluyó Barbour.

–Casi. Sientes lo mismo haciéndolo; tienes que echarle un ojo, igual que cuando estaba realmente viva. Porque puede estropearse y entonces se enterarían todos en el edificio. He tenido que llevarla seis veces al taller para hacerle algunos arreglos sin importancia, pero si alguien se diera cuenta... Por ejemplo, una vez se rompió la cinta de voz, o acabó enredada a saber cómo, y la oveja no dejaba de balar. Si alguien llega a darse cuenta habría reconocido un fallo mecánico –concluyó, pronunciando con énfasis la última palabra. Y añadió–: Incluso el camión del taller mecánico que la recoge lleva un letrero que reza CONSULTA VETERINARIA TAL. Y el conductor viste de blanco, como si fuera un veterinario. –Miró de pronto el reloj, consciente de la hora–. Tengo que ir a trabajar –dijo a Barbour–. Nos veremos esta noche.

Cuando echó a caminar hacia el coche, Barbour le llamó.

–Hum. No pienso mencionar nada de esto a los vecinos.

Rick hizo una pausa, a punto de volverse para darle las gracias, pero entonces parte de la desesperación de la que le había hablado Iran le dio un golpecito en el hombro, y dijo:

–Yo qué sé. Tal vez no haya ninguna diferencia.

–Pero le despreciarían. No todos, algunos. Ya sabe cómo se comporta la gente con quienes no cuidan de los animales; lo consideran inmoral, poco empático. Me refiero a que técnicamente ya no es un crimen como lo era al terminar la Guerra Mundial Terminus, pero el sentimiento sigue estando ahí.

–Dios mío –dijo Rick, mostrando, vencido, las palmas de las manos–. Quiero tener un animal. Quiero comprar uno, pero con mi sueldo, con lo que gana un empleado municipal...

Si volviera a tener suerte en mi trabajo, pensó. Como hace dos años, cuando en un solo mes retiré cuatro andys. Si llego a saber entonces que *Groucho* iba a morir... Pero eso fue antes del tétanos. Antes de los seis centímetros de alambre roto que rodeaban la bala de heno, fino como una aguja hipodérmica.

–Tendría que comprarse un gato –sugirió Barbour–. Los gatos son baratos. Busque en su Catálogo Sidney.

–No quiero una mascota –dijo Rick en voz baja–. Quiero lo que tuve, un animal grande. Una oveja o, si consigo el dinero, una vaca, un buey o lo que tiene usted: un caballo.

Cayó en la cuenta de que bastaría con cobrar la recompensa que ofrecían por retirar cinco andys. Mil dólares la pieza, muy por encima de mi salario, pensó. Entonces podría encontrar lo que busco en alguna parte, porque alguien me lo vendería. Incluso aunque apareciera impreso en cursiva en el Catálogo Sidney de animales y aves. Cinco mil dólares. Claro que antes esos cinco andys tendrían que viajar a la Tierra, procedentes de los planetas colonizados, pensó. Eso no puedo controlarlo, no puedo hacer que cinco vengan aquí y, aunque pudiera, por todo el mundo hay cazadores de recompensas que trabajan para otras agencias de policía. Los andys tendrían que instalarse en el norte de California y el cazarrecompensas más veterano de la zona, Dave Holden, tendría que morir o retirarse.

–Compre un grillo –sugirió Barbour, ingenioso–. O un ratón. Eh, por veinticinco pavos hasta podría comprar un ejemplar adulto.

–Su caballo podría morir, igual que le sucedió a *Groucho*–replicó Rick–. Sin previa advertencia. Cuando vuelva a casa del trabajo esta noche podría encontrarse la yegua tumbada sobre el lomo, con las patas al aire, como un insecto; como lo que me ha sugerido: un grillo. –Se alejó caminando a paso vivo, con las llaves del coche en la mano.

–Discúlpeme si le he ofendido –dijo Barbour, inquieto.

En silencio, Rick Deckard abrió la puerta de su vehículo flotante. No tenía nada más que decir a su vecino. Estaba concentrado en el trabajo, en la jornada que tenía por delante.